

Crisis de transición y democratización en América Latina (mitos y realidades)

Adrián Sotelo Valencia*

Uno de los acontecimientos más espectaculares de la escena política contemporánea latinoamericana es el advenimiento de regímenes civiles de corte democrático, al menos en el sentido de una franca diferenciación con la ola de dictaduras militares que ensangrentaron el continente en las últimas tres décadas desde los años sesenta.

Casi en cascada, estos últimos regímenes que en su momento fueron caracterizados en el debate¹ se proyectaron sobre los movimientos insurgentes que propugnaban por el socialismo y aun sobre la luchas populares de los pueblos por su liberación nacional y sus reivindicaciones de clase que, en la mayoría de los casos, trascendían el universo capitalista incapaz de integrar y satisfacer sus demandas.

El proceso contrarrevolucionario, resguardado y sancionado por las dictaduras militares, es el fruto de la conjunción de *tres vertientes* que tienen como escenario la crisis que se viene gestando desde finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta. En *primer lugar*, la doctrina de *contrainsurgencia* adoptada por los Estados Unidos bajo la administración Kennedy y que, en síntesis, consiste en la aplicación de la estrategia militar a la política y, por ende, no sólo la derrota sino la aniquilación del enemigo identificado maquiavélicamente con el comunismo. En *segundo lugar*, la fractura del Estado populista latinoamericano como producto de la integración de los sistemas productivos latinoamericanos a la economía imperialista, especialmente a la de Estados Unidos a través de las

inversiones extranjeras directas, la dependencia tecnológica y financiera principalmente, conllevando a un proceso de concentración y centralización de capital en detrimento de las fracciones no monopólicas de la burguesía (particularmente, la pequeña y mediana burguesía) y favoreciendo a las facciones monopólicas nacionales y extranjeras del gran capital. La consecuencia de este fenómeno en el plano sociopolítico será la agudización de la lucha de clases y el ascenso de los movimientos de masas que coronarán la *tercera vertiente* contrarrevolucionaria en los años sesenta y al que objetivamente se enfrentará la burguesía en su conjunto a través de la instauración de lo que se denominó *Estado de contrainsurgencia*.²

Existe una correlación (fruto, por supuesto, de una contradicción) entre crisis económica, crisis de legitimidad y ascenso y organización de las luchas políticas de masas que explica el surgimiento de las dictaduras latinoamericanas cuyo objetivo central es el mantenimiento del sistema de dominación hasta que las condiciones objetivas y subjetivas estén dadas como para que los militares regresen a los cuarteles y la "sociedad civil" pueda organizarse políticamente a través de partidos reconocidos legalmente para acceder al poder por medios democráticos.

De aquí surgen dos tesis, equivocadas a nuestro juicio, que son seriamente cuestionadas por Pery Anderson en una conferencia:

La primera tesis indicaría que los regímenes militares han dejado el poder, o han sido expul-

¹ Véase: Pío García, Ruy Mauro Marini et al., México, 1978.



* Profesor investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, ponencia presentada en el XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, en El Palacio de las Convenciones, La Habana, Cuba, los días del 28 al 31 de mayo de 1991.

² Véase: Marini, op. cit., 1978, pp. 21-29.

sados de la escena política, porque fracasaron... Segunda idea, la democracia que ha sobrevenido después de este decenio de dictaduras representa la victoria del nuevo conjunto de valores políticos en el continente; son los valores de la concertación y el pluralismo, del respeto de las leyes, configurándose así una nueva moderación y civilidad.³

Ambas tesis parecen responder a la necesidad de dar una respuesta coherente en el ámbito descriptivo de lo ocurrido en la década de los ochenta en América Latina en cuanto a éxitos y fracasos de los regímenes militares y en cuanto a posibles soluciones de los graves conflictos político-sociales a través de la concertación y el pluralismo democrático. Es decir, la bandera de la democracia, como "solución sin fuerza", se estaría erigiendo en el baluarte de la libertad y el progreso social en una suerte de "solución intermedia" entre la alternativa totalitaria y el fracaso del socialismo.⁴ Parecería, pues, en el espectro de estas tesis dominantes del pensamiento social contemporáneo, que las condiciones macroeconómicas en que reposa la dominación de clase, entre las que cuenta la persistente crisis estructural en que se debaten los países latinoamericanos hace ya más de dos lustros, no fueran elementos constitutivos en que se asientan los regímenes políticos cualquiera que sea la forma que terminen por asumir. Es decir, como si dichas condiciones fueran independientes de los contenidos y las formas, así como de los intereses de clase que articulan, de las políticas económicas de los regímenes, ya sean civiles o militares. Por el contrario, es sabido que éstos impulsaron políticas liberales ortodoxas, de la misma manera que hoy los llamados gobiernos democráticos de Latinoamérica han impuesto a la sociedad severos programas antipopulares de austeridad económica y de ajuste de las variables macro y microeconómicas del desarrollo conocidos como heterodoxos que, en general, se caracterizan por depositar todo el peso de la crisis económica sobre la sociedad y, en especial, sobre las condiciones de vida, bienestar y trabajo de las masas populares.⁵

³ Revista Brecha núms. 5-6, 1988, pp. 109-123.

⁴ En una tesis altamente significativa por su valor político-ideológico para el nuevo pensamiento conservador, Norbert Lechner establece: "Si la revolución es eje articulador de la discusión latinoamericana, en la década de los sesenta, en los ochenta el tema central es la democracia" (1986). Para un análisis del pensamiento de Lechner, véase: Roberto Cassá, 1987.

⁵ Según análisis recientes de la CEPAL (cfr. Comercio Exterior, 1991, pp. 281-303), junto a la reducción de la tasa global de crecimiento económico (-0.5 por ciento en 1990 contra 1.5 por ciento del año anterior) al producto por habitante de América Latina y el Caribe retrocedió aún más por tercer año consecutivo al situarse en -2.6 por ciento en 1990 contra -0.6 por ciento en 1989; un deterioro adicional que sitúa el producto al nivel de 1983 y 10 por ciento menor al registrado en 1980.

De aquí que exista una relación orgánica entre condiciones materiales de dominación, crisis económica y las formas que adoptan los regímenes políticos; tesis que, abarcando una totalidad, nos permite conceptualizar y ubicar a las dictaduras militares de los años sesenta y setenta como superestructuras políticas de dominación oligárquico-burguesas, cuyos objetivos fundamentales además de liquidar a la oposición consistían en servir de puentes de transición entre el agotamiento del patrón de reproducción capitalista posbélico auspiciado por las burguesías locales industriales a lo largo de la época conocida como desarrollista (sobre todo en países como Brasil, Argentina, México, Chile), y el nuevo patrón de reproducción que algunos autores han denominado "secundario-exportador", liderado por la política neoliberal cuya aplicación se revela ejemplar en el caso de Chile luego del golpe militar de septiembre de 1973 que derrocó al gobierno constitucional de Salvador Allende.

Las consecuencias político-sociales de la instauración de las dictaduras militares durante casi dos décadas y los efectos del Estado de contrainsurgencia se tradujeron en la liquidación de la oposición, en la desarticulación de los movimientos populares y sindicales; en la masiva violación de los derechos humanos, y en proscripción de los partidos políticos considerados por el régimen como subversivos e intolerables. Todos estos hechos fueron minando las estrechas y endeble bases de legitimidad tanto en el plano interno como en el internacional. A manera de ejemplo, recuérdese cómo la burguesía chilena aglutinada en la democracia cristiana en una primera fase aparece como fuerza propolista para, más tarde, convertirse en oposición al régimen militar.

Estas contradicciones, en el frente internacional, llevaron a Estados Unidos a formular la teoría de las "democracias viables", de las "democracias restringidas" que, según Carlos Vilas (1989, p. 44) deben ser entendidas "... en el sentido que se limitan a la esfera institucional, sin acabar cuestiones centrales a un régimen democrático como el acceso a los recursos sociales, y aun dentro de lo institucional, se reducen a la dimensión parlamentaria y electoral, sin afectar mayormente a los aparatos coactivos del Estado, los cuerpos burocráticos, la administración de justicia". Es decir, la columna vertebral del sistema de dominación.

En el plano interno, como ya ha sido suficientemente documentado, la política económica de las dictaduras fue ampliamente favorable al gran capital nacional y extranjero debido a la concentración y centralización de capital que se verificó a expensas de las fracciones burguesas enclavadas en las pequeñas y medianas industrias ampliando, por esta vía, el espectro opositorista y las aspiraciones de apertura democrática que coinciden, así, con la

política de Washington de las "democracias restringidas", viables o gobernables.

Estas contradicciones en los planos interno-externo explican el surgimiento en los ochenta de las democracias, pero no por el fracaso de las dictaduras, las cuales desempeñaron un rol positivo para el desarrollo capitalista a través principalmente de la reconversión de los aparatos productivos y la modernización económico-social como en el caso de Chile y Brasil luego de sus respectivos golpes de Estado, sino por el hecho de haber reestablecido las condiciones materiales (privatización económica, apertura externa, desmantelamiento del Estado social, contención salarial, corrección del déficit fiscal, descentralización, etcétera) e institucionales como el restablecimiento del sistema pluripartidista, el funcionamiento formal del parlamento, el sistema de elecciones mediante el voto ciudadano, etcétera.

La base material de los procesos de democratización ocurridos en la década de los ochenta es, pues, fruto de las profundas transformaciones estructurales e institucionales de las economías latinoamericanas; producto, a la vez, de los profundos procesos de reconversión industrial y reestructuración económica conducidos por el neoliberalismo, entendido éste, como señala Ruy Mauro Marini (1990), como

... el arma principal de los centros capitalistas y de la *fracción moderna de las burguesías latinoamericanas* en la lucha ideológica para imponer su hegemonía a nivel de las clases dominantes y para subordinar plenamente a las masas trabajadoras de la región.

Es preciso entender, contra las concepciones estancacionistas e inmovilistas, que las transformaciones de la economía mundial y latinoamericana de la década de los ochenta, debido sobre todo a la transferencia de recursos hacia los centros industrializados y a los propios procesos de centralización financiera, de la propiedad (mediante la reprivatización del sector público) y la inflación (como mecanismo de defensa e incremento de la tasa de ganancia), originaron una nueva *fracción burguesa moderna* como

... núcleo que corresponde a las industrias basadas en las nuevas tecnologías, en especial, la microelectrónica, la informática, la química fina y la industria farmacéutica, la industria de telecomunicaciones, la industria aeronáutica y la aeroespacial, cuyo porvenir está vinculado a las transformaciones por las que pasa la economía mundial y que tiene interés no sólo en la apertura de la región al exterior, sino también en su reconversión interna (Marini, 1990).

Es decir, la *fracción moderna de la burguesía*, cuyo núcleo social, político y económico, es el que hemos

identificado como el propulsor del nuevo patrón de reproducción capitalista volcado al mercado mundial, junto a otras dos fracciones de la gran burguesía, una exportadora basada en la producción de productos primarios para la exportación y otra,

... la más fuerte... constituida por los grupos empresariales creados a lo largo del proceso de industrialización hasta los setenta, yendo desde las industrias textil y de alimentos hasta las industrias eléctrica, mecánica y automotriz... representan la fuerza principal de resistencia a la reconversión y, en especial, a la apertura al exterior (Marini, 1990).

Justamente es desde esta fracción desde donde se han extendido los reclamos de democratización a través de instrumentos tradicionales como el peronismo en Argentina, el varguismo en Brasil y el cardenismo en México, cuya estrategia central es el restablecimiento del régimen democrático mediante la reedición de políticas desarrollistas, populistas y nacionalistas que resultan antagónicas con las prácticas y postulados del neoliberalismo.

Por otro lado, en virtud de la conformación de los grandes bloques económicos de los países industrializados que tienden a transformar el mapa internacional e intrarregional de la división del trabajo y reubicar zonas productivas y procesos de trabajo en función de la competitividad y la alta productividad de los recursos materiales y humanos, la democratización de la región se ha convertido en un imperativo —sobre todo para la *fracción moderna del gran capital*— de los acuerdos integracionistas como ya dan cuenta el acuerdo de integración entre Brasil y Argentina o de México con Estados Unidos y Canadá. De esta manera,

La generalización de regímenes políticos que consagran a la democracia parlamentaria favorece ese propósito, en la medida en que atenúa los problemas que creaban a las relaciones latinoamericanas las dictaduras militares, aunque la reconversión económica de los países involucrados sea la principal cuestión a resolver, para llevarlo a buen término (Marini, 1990, p. 14).

Así, la democratización auspiciada por estas contradicciones y necesidades internas y externas bajo la conducción de la política neoliberal, ha constituido el mecanismo idóneo para conferirle legitimidad al poder del Estado y a los procesos de reconversión y modernización mediante un recurso reduccionista que tiende a identificar el proceso electoral con el problema del poder político, el cual hace a la esencia misma del Estado capitalista. En ese sentido dice Agustín Cueva (1986, p. 52), y con mucha razón, puesto que los hechos que consiga son del todo conocidos:

Dudo, por ejemplo, que el poder se *construya* a través del voto, no sólo por razones abstractas... sino por la buena razón empírica de que jamás he visto ni he oído hablar de ningún lugar del planeta donde cuestiones tan decisivas... hayan sido sometidas a votación: la constitución del sistema de propiedad, la constitución del apartado militar y la constitución de las relaciones que la CEPAL denomina "centroperiferia" (para no hablar directamente del imperialismo).

Y lo mismo se puede decir respecto a la decisión popular y ciudadana de endeudar a los países latinoamericanos; de avalar en las urnas el deterioro salarial y el aumento del desempleo y otorgarle al gobierno la licencia para traspasar, mediante la venta, los recursos nacionales a los empresarios privados, nativos o extranjeros.

No podemos olvidar, ni obviar tampoco, la agresión a Nicaragua, la invasión a Panamá por el ejército norteamericano y la feroz agresión militar de la coalición imperialista comandada por Estados Unidos contra el pueblo iraquí en la guerra sucia del Golfo Pérsico, todo en nombre y en defensa de la sacrosanta democracia occidental que encubre el objetivo estratégico de apoderarse de los gigantescos yacimientos petrolíferos y controlar la zona geopolíticamente.

Hemos planteado que el fenómeno de democratización, por lo menos en el plano formal tal y como se ha constituido es los países que experimentaron dictaduras militares, es un genuino resultado de la crisis del capitalismo dependiente, el cual tiene que reconvertirse y ampliar sus escalas de acumulación y valorización de capital en función de la economía mundial. Concomitantemente a este proceso, por demás azaroso ya que requiere voluminosos recursos financieros que en condiciones de endeudamiento externo sólo los países ricos pueden proporcionar, la democracia se debate entre mitos y realidades puesto que en relación a los primeros y como sostiene Agustín Cueva en el artículo citado, grandes sectores de la izquierda latinoamericana y aun de las corrientes de centro y socialdemócratas han llegado a identificar la *democracia* como una categoría eminentemente política que sólo parece existir en los círculos gubernamentales y en las relaciones de éstos con los líderes de los partidos políticos que en no pocas ocasiones son miembros de las clases dominantes. En síntesis, una *democracia formal* ... "que yo llamo cascarón vacío; vacío incluso de poder", puesto que las

... masas son fascinadas por líderes que sí lo encarnan de verdad, pero no por haber sido "ungidos" por el voto ciudadano, sino por su evidente pertenencia a los círculos de la dominación. Espejismo popular de participación en el poder que viene a colmar el vacío dejado

por las alternativas que la izquierda no ha sabido levantar.*

Democracia real, atendiendo a sus contenidos, es decir, tal y como se ha proyectado bajo la cobertura neoliberal carente en el plano ideológico de una conexión orgánica con las condiciones socioeconómicas que la fundamentan o la destituyen: una "democracia sin adjetivos" o una "revolución por la democracia" en donde el poder popular y su participación real en la toma de decisiones estratégicas en todas las instancias del aparato estatal, y no sólo en el parlamento y en las urnas, brillan por su ausencia.

Parafraseando a Gino Germani, no debemos olvidar que en esta época de *transición* la democracia latinoamericana tal y como la conocemos, si bien surge del derrumbe de las dictaduras, también es un producto de las derrotas de la izquierda y del movimiento popular en un contexto socio-político de consolidación del neoliberalismo que ha impuesto su proyecto, aun sin el voto de la mayoría de los ciudadanos latinoamericanos y más bien sin su consentimiento, a costa de diezmar, aún más, sus ya precarias condiciones de trabajo, de vida y de bienestar social.

Bibliografía

- Anderson, Perry, "Democracia y dictadura en América Latina", en revista *Brecha*, núms. 5-6, México, invierno de 1988, pp. 109-123.
- Cassá, Roberto, "La vigencia del pensamiento sociológico de Norberto Lechner", en revista *Estudios Latinoamericanos*, núm. 3, México, CELA-FCPyS, julio-diciembre de 1987, pp. 31-39.
- CEPAL, "Balance preliminar de la economía latinoamericana y el Caribe, 1990", en *Comercio Exterior*, vol. 41, núm. 3, México, marzo de 1991, pp. 281-303.
- Cueva, Agustín, "La democracia en América Latina: ¿novia del socialismo o concubina del imperialismo?", en *Estudios latinoamericanos*, núm. 1, vol. I, México, julio-diciembre de 1986, pp. 49-54.
- Lechner, Roberto, "De la revolución a la democracia", en *La ciudad futura*, núm. 2, octubre de 1986.
- Marini, Ruy Mauro, "América Latina en la encrucijada", ponencia presentada en el *Encuentro Internacional de Latinoamericanistas*, organizado por el CELA de la FCPyS, septiembre de 1990.
- "La cuestión del fascismo en América Latina", *Cuadernos Políticos*, núm. 18, México, octubre-diciembre de 1978, pp. 21-29.
- M. Vilas, Carlos, *Transición desde el subdesarrollo*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1989, 218 pp.

* Cueva, op. cit., p. 54.